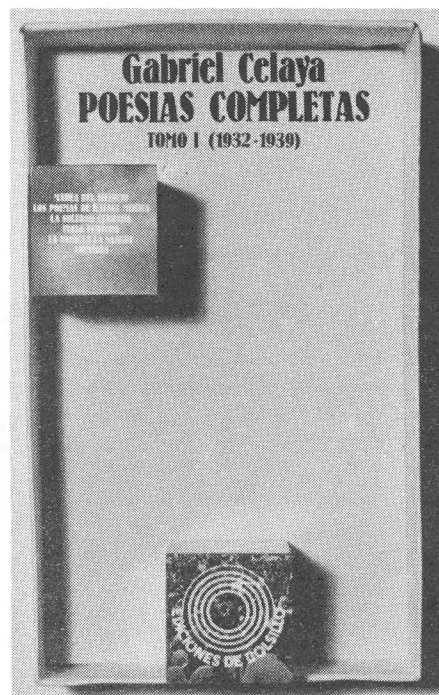


LAS POESÍAS COMPLETAS DE GABRIEL CELAYA: Un escándalo de invención

Dentro de la colección ENLACE de bolsillo, editorial LAIA, ha iniciado la publicación de las Poesías Completas de Gabriel Celaya, una inmensa obra que irá apareciendo a lo largo de varios tomos de esta serie popular. El primero está dedicado a su producción lírica de los años 1932 a 1939 y va precedido de un estudio preliminar de José María Valverde; nada mejor para presentar aquí la edición que tomar los siguientes párrafos de dicha introducción:

Por fin —escribo en 1977— ya se puede abordar y leer la obra de Gabriel Celaya en una perspectiva integral, sin limitarle a su condición de "poeta tachado" ni acentuar demasiado su historial de protestatario lírico. Y no es tampoco que la toma de conciencia social y política sea en su obra un tema como otros varios: más bien, es el elemento decisivo que le ha llevado a su plena madurez, tanto en lo ético como en lo formal y estructural, pero sin reducirle a un papel militante y panfletario, sino dejándole trascender a un horizonte total donde la previa aceptación del compromiso humano le hace posible cantar y aún ironizar sobre lo huma-

no mismo. El camino, como veremos, ha sido largo, y nada ha quedado abandonado en la cuenta como superfluo o equivocado: si digo —para empezar comprometiéndome con opiniones y preferencias— que mi Gabriel Celaya preferido es el sesentón, aún con cuerda para mucho, he de añadir inmediatamente que eso no implica que considere "superado" nada de lo anterior, y que esta fase sólo alcanza su pleno sentido como continuación de lo ya escrito. La obra de un poeta suele tener una unidad dramática y novelística, y cada una de sus partes adquiere su pleno valor sólo cuando se la ve en su capítulo propio entre su ante y su después.



Nueva etapa de CAMP DE L'ARPA Número dedicado a LA MUJER EN LA LITERATURA

"CAMP DE L'ARPA", revista de literatura, ha iniciado una nueva singladura después de 46 fecundos números que marcan una etapa nada común en España. Con la dirección de Manuel Vázquez Montalbán, integran el comité asesor e la revista Josép M. Carandell, Jose María Castellet, Carlos Barral, Marta Pessarrodona, Jorge Herralde, Beatriz de Moura, Ramón Buckley, José Batlló, y el consejo editorial: Frederic Pagés, Lluís Porcel, Juan—Antonio Méndez y Francesc Miravittles. Con este nuevo equipo de responsables "Camp de l'arpa" intenta ofrecer una coherencia y una mayor amplitud de enfoques que se manifiesta en el primer número de la nueva etapa, correspondiente al pasado mes de febrero, dedicado, con un carácter monográfico, la mujer en la literatura. Así se justifica esta elección temática: "la historia de la literatura está llena de nombres masculinos, como la historia a secas, lo cual, ya en principio, nos puede llevar a manifestar lo que se grita mundialmente: la mujer ha sido finisecularmente discriminada. Empezar, pues, un número monográfico refiriéndonos a la mitad discriminada de la humanidad nos parece si no una obligación, un interés insoslayable".



En consonancia con este planteamiento el tema es abordado por importantes firmas femeninas. —Marta Pessarrodona, Mari Sardá, Anna Díaz—Plaja, Ana Moix, cuyos trabajos —La discriminación de la mujer en la literatura, Literatura feminista de los años 60—70, Bosquejo de una bibliografía de narrativa escrita por mujeres, etc.— van precedidos de la reproducción de un artículo de Virginia Woolf, acaso la escritora que mejor podría abonar el planteamiento de la existencia de una literatura femenina.

Desde las Islas Canarias animamos al excelente equipo de "Camp de l'arpa" en el empeño de conseguir un tratamiento serio y responsable de la temática literaria.

Quizá sea útil acentuar, desde el principio, el aspecto estructural y aun "técnico" a que aludía al empezar: la gran lección formal de Gabriel Celaya —y la menos valorada y aprovechada por quienes más debían, o sea, por los demás poetas— es su ambición constructiva, su aliento para organizar grandes poemas semi—dramáticos en que el debate de ideas y la exploración de intuiciones metafísicas se desarrolla en una pluralidad de voces y personalidades, a veces de realismo periodístico, a veces de denso simbolismo, y a veces —también— de caricaturesca ironía —la voz de Goethe en "off", por ejemplo—. Pues bien, me resulta imposible decidir si esta tendencia al poema grande es resultado o es causa de su gradual politización y de su ininterrumpido ahondamiento en la pregunta por lo humano, por el sufrimiento y el enigma de todos. De modo superficial, pero no falto de sentido, cabría decir que el ingeniero industrial Rafael Múgica, al dejar su profesión y formas de vida para convertirse en el poeta que llegaría a llamarse Gabriel Celaya, conservó y desarrolló su sentido del montaje de grandes maquinarias, obligadas a funcionar produciendo un determinado resultado con el movimiento de todas sus piezas más hondo y literario: un poeta que, en vez de darnos sólo momentos de su "yo", gusta también de grandes relatos, cargados de cosas y lastre, y de amplios retablos a muchas voces, estaba llamado a enredarse en la gran aventura de todos y a convertirse —por lo menos,

y peor le pudo ir— en poeta “tachado por la censura”. Luego, a partir de ahí, a través de la complejidad de esas creaciones, y sin “superar” ni mucho menos “estar de vuelta” de nada, el poeta puede mirarlo todo en perspectiva metafísica y cósmica, y aun aplicando irónicamente el lenguaje de la física nuclear y de la matemática, para poner en su sitio la pequeñez de toda explicación y dejar en pie sólo la risa y el humor vital.

Hay que reconocer, sin embargo, que no cabe ser muy optimista al presentar una obra de —hoy por hoy— once volúmenes a un público como el actual, que, en decadencia su oído y su memoria, sólo suele ser capaz de sacar de la poesía alguna vaga cita para sus prosas. Y ya me llena de mala conciencia pensar que algunos posibles lectores pretenden utilizar esta introducción previa para saber “de qué va” la poesía de Celaya sin leerla, o sin más que picotear unos pocos versos acá y allá, especialmente si se pueden malentender como programa dogmático —así, “la poesía es un arma cargada de futuro”—. Conste, pues, mi advertencia y mi protesta previas: quien no haya pasado por largos ratos de diversión, de perplejidad y de reflexión leyendo a Celaya, no puede decir que conoce su poesía. ¿Demasiado extensa? ¿Demasiado voluminosa? Con mi instinto y mi experiencia de antologista, tengo que decir que una selección de la poesía de Celaya en un solo volumen de bolsillo nos daría una imagen falsificada, porque no podría presentar su mejor y más original creación: los poemas largos. Aunque, por otro lado, también tengo que señalar que el poema breve, a menudo reunido en manojos casi monográficos, puede ser para Celaya la forma más brillante y feliz. Si se me obligara a elegir un solo título de colección, entre los alrededor de cincuenta que aquí se reúnen, seguramente señalaría —aún protestando por lo inadecuado de elegir— *Buenos días buenas noches* (1976).

Sería imposible intentar acabar con una valoración general y un encuadre crítico y generacional, de la obra de Gabriel Celaya: es una obra que da de sí para media docena de poetas —y no lo digo tanto en sentido cuantitativo, como por la variedad de temas y formas—. Pero sí querría aún insistir, porque sé que voy contra la sordera y la corteza de imaginación que prevalecen hoy ante la poesía: por mucho que me guste la actitud última de Celaya, su ingenio y su humor risueño, trascendiendo, sin “superarlo”, todo lo que es deber de compromiso ético, aún admiro más —quizá porque me interesa como colección para mi propio trabajo— su capacidad de gran inventor y gran constructor de retablos en verso. Al lado de la figura habitual del poeta de hoy, afinando su calidad hasta el paroxismo de la monotonía, Gabriel Celaya es un escándalo de invención, de riqueza, de originalidad, de variedad y —legitimándolo todo líricamente— de gracia personal en el acento.

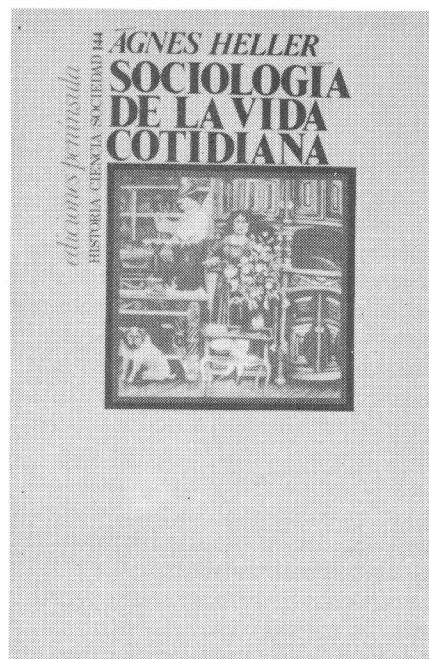
LA SOCIOLOGIA DE LA VIDA COTIDIANA

Los estudios sobre lo que constituye la esencia de la vida cotidiana no tienen una larga tradición. Henri Lefebvre ha elaborado un trabajo monográfico sobre este conjunto de cuestiones. Y Gyorgy Lukács trató sobre ello en lo que se refiere a diversos aspectos relativos a la génesis de la posición estética. En “Sociología de la vida cotidiana” (Ediciones Península, Serie Universitaria Historia—Ciencia—Sociedad), Agnes Heller —una de las más destacadas representantes de la escuela de Budapest— arranca de aquellos trabajos preparatorios, remitiéndose ampliamente a ambos pero según un método implícitamente crítico.

Desde un punto de vista teórico —afirma su autora en el prólogo— el libro puede disponerse alrededor de dos focos: la estructura de la personalidad y la estructura de las objetivaciones.

La teoría de la personalidad que en él se expone polemiza con la “tradición” llamada “esencialista”, según la cual el hombre consta propiamente de dos hombres: uno sustancial y otro fenoménico. Desde este punto de vista es indiferente como se conciba la “sustancialidad”, bien como caótico mundo de instintos, como razón pura o como “núcleo humano” no corrompido por la sociedad. La antropología del presente libro descansa sobre el supuesto de que la esencia humana no es el punto de partida, ni el “núcleo” al que se superponen las influencias sociales, sino que constituye un resultado; sobre el supuesto de que el individuo se encuentra desde su nacimiento en una relación activa con el mundo en el que nació y de su personalidad se forma a través de esta relación. El individuo no puede ser nunca idéntico a la especie humana, pero puede mantener una relación consciente con ella —en este caso la personalidad no es particular, sino individual. La personalidad individual es el protagonista de este libro. Quise mostrar —dice Agnes Heller— que cada hombre puede ser una individualidad, que puede haber también en la vida personalidades individuales, que también la vida cotidiana puede configurarse individualmente.

El segundo foco teórico del libro es el “escenario” de este protagonista: el mundo de las objetivaciones. La idea fundamental



de la teoría de la objetivación es que las objetivaciones representan distintos niveles. El primer “nivel” lo constituyen el lenguaje, el sistema de hábitos y el uso de objetos: a este nivel lo llamo la esfera de la objetivación que es en sí. Sin la apropiación activa de este “nivel” no hay vida cotidiana en absoluto, pues sin ella no existe tampoco socialidad. No debe sin embargo entenderse con ello que solo esta esfera tiene importancia para la vida cotidiana. Cuando menos enajenada es la vida cotidiana, en mayor grado se relaciona el hombre, dentro también de lo cotidiano, con otros niveles —superiores— de las objetivaciones. Tal superposición de las relaciones con los niveles de objetivación cotidianos y no cotidianos se considera detenidamente desde sus distintos aspectos.

El esfuerzo de reestructuración de la vida cotidiana de Agnes Heller representa la traducción al plano ético—político del proyecto sociológico del último Lukács. Por ello “Sociología de la vida cotidiana” es la síntesis más elaborada y creativa de una antropología crítica marxiana.